

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES ⁽¹⁾.

(DE SANTANDER.)

Secundum gloriam ejus multiplicata est ignominia ejus, et sublimitas ejus conversa est in luctum.

A proporción de su gloria se multiplicó su ignominia, y su grande altura feneció en llanto.

I. de los Macabeos, c. 1. v. 42.

Acaso parecerá extraño que yo venga á hablar en este día de los dolores de la Virgen. Que se predicase de ellos por la cuaresma ó por Semana santa, cuando nos convidaban los tormentos de su Hijo, las tristes demostraciones de la Iglesia, y el sentimiento que mostraban hasta las criaturas insensibles, parecía justo. Pero ahora que todas las cosas han mudado de semblante; ahora que la santa Iglesia desnudándose de sus lúgubres adornos, se ha vestido de alegría, y llena de júbilo entona alegres cánticos en vez de sus tristísimas lamentaciones; ahora que la Virgen madre de Dios ha visto á su Hijo resucitado, que con su amable presencia ha inundado su corazón en un mar inmenso de gloria; ahora que los prados se rien, los frutos se multiplican, el sol alegra y todas las criaturas cobran un nuevo vigor y un nuevo espíritu, ¿qué cosa tan importuna parece hablar de los dolores de María?

(1) En las págs. 249 y 259 del tomo segundo de los sermones de Cuaresma, se hallan otros dos sobre los dolores de la Virgen.

Así pienso yo que discurrirían los que no penetrando las verdades de su Religión, piensan superficialmente de las cosas; aquellos que acostumbrados á dejarse arrebatar de los objetos que se les presentan, no obran por principios sólidos, sino que á la manera de máquinas inanimadas se dejan conducir por donde se les quiere llevar; aquellos hombres en fin que con la misma indiferencia escuchan una pieza teatral de cualquiera naturaleza, que el asunto mas serio, mas tierno ó mas terrible de la Religión.

Pero los justos, aquellas personas, digo, que tienen un corazón verdaderamente cristiano; que han penetrado á fondo las verdades que les enseña la Fe, saben que no hay tiempo en el discurso del año, en que no debamos tener presente el gran beneficio de nuestra redención, y que jamas nos es lícito gloriarnos, como decía el grande apóstol san Pablo (1), sino en la cruz de nuestro señor Jesucristo; saben que á proporción de la felicidad de la Virgen, se multiplicó su ignominia, y que la admirable elevación de la Madre de Dios, le causó la mayor aflicción en sus dolores, como dicen las palabras de mi texto: saben que la devoción con los dolores de María santísima no ha de ser una devoción pasajera, ó de un cierto y limitado tiempo, sino como lo es la devoción de la persona que ofrece á Dios y á la Virgen estos solemnes cultos, una devoción de todos los tiempos, de toda la vida, que siempre creció con ella en su niñez, que la acompañó en su juventud y la asistirá hasta lo último de su vida; una devoción que ha mantenido en sus viajes, en los diferentes pueblos en que ha vivido, en sus apuros y en sus felicidades: saben en fin, que las dichas de este mundo, ó están mezcladas con sinsabores, ó acaban con penas y con trabajos; pero estos trabajos, estos dolores y estas penas constantemente toleradas nos adquirieron la verdadera felicidad.

Aquí tenéis dos grandes verdades, dignas del día y del asunto. Comprendédlas bien, yo las repito: toda la felicidad que en este tiempo poseía el corazón de la Virgen, no disminuía sus dolores; y estos dolores permanentes en el corazón de la Virgen formaron su verdadera felicidad. Aprendéd, cristianos, esta lección divina, aprendéd á no dejaros arrebatar de los contentos de la vida presente, porque todos están mezclados con

(1) Galat. c. 6. v. 14.

cruces y con trabajos; pero sabéd que estos trabajos y estas cruces, llevadas á imitacion de la Vírgen, os harán felices. ¡Dichoso yo, si imprimo en vuestro corazon tan importante verdad! Nada mas grato para la Vírgen, nada mas útil para vosotros, y ningun asunto mas digno de un ministro de Jesucristo en el presente tiempo pascual. Vos, Vírgen inmaculada, pedid á ese soberano Señor sacramentado, vuestro amado Hijo, que me conceda las gracias que necesito, para manifestaros llena de gloria y llena de amargura; y demostrar á mis oyentes la gloria de su amargura, siempre que ellos os imiten en las amarguras de su gloria. Alcanzádnos esta gracia del Señor, miétras devotamente os saludamos con el ángel: *Ave María*.

Que las glorias de este mundo se conviertan en llanto, cosa es que ya á nadie admira; pero que tambien los dones del cielo vengan mezclados con aflicciones; que la felicidad que poseía el corazon de la Vírgen en este tiempo de Pascua, no disminuyese sus lágrimas ni sus dolores, es una cosa bien extraña. Que la alegría mundana acabe en tristeza, que sea vana, falsa, inconstante, la Escritura lo dice, la razon lo persuade y la experiencia nos lo muestra. Allá se ve á Saúl ciñendo todavía su cabeza con la real corona, y pisado á los piés de un amalecita: allí se ve á la impía Jezabel, vestida con régia pompa y adornada de propósito con todos los afeites mujerieles, y al mismo tiempo atropellada de los caballos y despedazada de los perros: allá acaba de exhalar su alma rabiosa entre olas de furiosa sangre la abominable Atalía; sí, Atalía, que pocas horas ántes era adorada y tenida como una deidad en la tierra, está ya hecha el ludibrio de la plebe, la irrisión del pueblo y el objeto de la ira universal. No necesitamos volver los ojos al soberbio Aman, pendiente en una horca casi en la misma hora en que estaba desvanecido con el convite de Ester. Todas esas glorias son terrenas; y si son coronas, son de flores: por la mañana todo hermosura, fragancia y suavidad; por la tarde todo fealdad y corrupcion. Hermanos míos, las mayores dignidades son como las nubes tan altas y elevadas que parece tocan en el cielo; pero se muda el viento, y se deshacen de repente en lluvia: entónces convertidas en aguas pasan por los piés de todos, y cada vez van cayendo mas abajo. No nos admiremos; esta es

la condicion de todas las felicidades terrenas. Pero que las misericordias del Altísimo, los dones de Dios, la preciosa corona de Reina del empireo, formada por el Omnipotente; en una palabra, que la felicidad de la Vírgen despues de la gloriosa resurreccion no disminuya los dolores, ántes los aumente, ¿á quién no sorprenderá una proposicion como esta? Sin embargo ello fué así, y nadie que piensa, ha dudado jamas que la sabiduría, el amor y la dignidad de una persona hacen sus sentimientos mas vivos, sus dolores mas intensos y sus penas mas crueles.

No pretendáis que yo renueve ahora aquellas lágrimas que con tanta abundancia y ternura derramasteis el viérnes santo al contemplar las aflicciones de la Vírgen ántes de la pasion de su amado Hijo, en la muerte y en el sepulcro de su Hijo. Entónces la considerasteis en su casa, mirando con el mayor dolor aquellos sitios y aquellos muebles, en que en otros tiempos veía á su Hijo, y de que su amado Hijo se servia; os la figurasteis con la corona de espinas en una mano, los clavos en la otra, y puesta de rodillas repasar en su memoria los atropellamientos de la soberana persona de su Jesus, verdadero Dios y su verdadero hijo; visteis ocupado su espíritu con los melancólicos objetos de las cárceles, las prisiones, las bofetadas, las salivas, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, la lanza y los demas crueles instrumentos que sirvieron para atormentar á su Amado; la visteis representársele vivamente la ferocidad de los verdugos, la envidia de los sacerdotes, la iniquidad de los jueces, la dispersion de los apóstoles, el espanto de las Marías, la negacion de san Pedro, la traicion de Júdas, su avaricia, su desesperacion, su muerte pésima y su eterna condenacion. Todos estos recuerdos de afliccion que á un mismo tiempo atormentaban al alma de Maria, pudiendo decir mejor que Job: *Mirabiliter me crucias*, maravillosamente, Dios mio, me atormentas, ya los meditasteis el viérnes santo. No tenemos pues necesidad de repetirlos, tanto ménos cuanto ya hoy con la vista de Jesus resucitado podemos considerar en la Vírgen renovado su espíritu, recobradas sus fuerzas, restablecida su antigua serenidad, y su grande alma participando de la gloria que le causaba la presencia de su Hijo, lleno de claridad, lleno de impassibilidad y sutileza, de poder, de majestad y de hermosura incomparable.

Sin embargo, así como el alma de Jesucristo, en el estado de viador, gozaba de la vision beatífica por la union de la naturaleza humana con la divina, y al mismo tiempo padecía en el cuerpo y en el alma atrocísimos dolores; del mismo modo, aunque el alma de la Virgen estaba llena de felicidad con la resurreccion de su amado Hijo, viendo sus admirables efectos en la reunion de los apóstoles dispersos y asebrados, en la predicacion de su santo nombre por el mundo, en la vocacion de los dos pueblos, judío y gentílico, al suave yugo del Evangelio, y en la eleccion de los predestinados, no obstante estaba su corazon penetrado de unas punzantes espinas que le causaban agudísimo dolor. La divina luz que le manifestaba la salvacion de muchos hombres, le mostraba al mismo tiempo la ruína de otros innumerables. La sangre de Jesucristo, cuyo precio era superabundante para la redencion de muchos mundos, la veía inutilizada en la condenacion de tantas almas, cuyo exorbitante número martirizaba su inocente corazon. Una sola gota que se perdiera le causaba una pena inexplicable; ¿qué sería ver perdida, pisada, ultrajada toda la sangre de su Hijo amado por tantos infelices, que á pesar de la predicacion del Evangelio perseverarian en su funesta ceguedad? ¿por tantos herejes, que voluntariamente sordos se desdeñarían de oír las voces de la Religion y la uniformidad de su doctrina? ¿por tantos malos cristianos que ultrajarian su santidad, vilipendiarían sus misterios, y volverían, como decía san Pablo (1), á crucificar á su mismo Redentor? Ah señores! si atrevida y obstinadamente no negáis en la Virgen la ciencia de las Escrituras, que Dios le habia comunicado, si no negáis el grande amor que tenia á su Hijo, y su eminente dignidad de Madre de Dios, es preciso que confeséis, que le atormentaria el corazon con dolores inexplicables la vista de los futuros siglos de la Iglesia.

Sí, amados míos, la Virgen veía que Dios habia muerto por los hombres, y al mismo tiempo veía que para la mayor parte de ellos era como si no hubiera muerto; veía que toda la sangre de su Hijo se habia derramado para quitar los pecados del mundo, y miraba tambien que derramada la divina sangre, habia de durar en muchos el reino del pecado. ¿No veis cómo se van descubriendo cada vez mas profundas las heridas del cora-

(1) *Hebr. c. 6. v. 6.*

zon de la Virgen? Si á un Dios pronto para morir por los hombres, la vista de los pecados del mundo le hace sudar copiosa sangre en el huerto y padecer una agonía mortal, ¿qué agonías no causarían en la Virgen, qué lágrimas no la obligarían á derramar la vista de un Arrio, que niega la divinidad de Jesucristo y arrastra á su herético sistema hasta el abismo del error á la mayor parte de las estrellas del cielo, quiero decir, á los prelados de la Iglesia? ¿Qué dolor para la Virgen la vista de un Nestorio, que niega su maternidad divina, y trata de despojarla del mas honroso título, como era el ser verdadera madre del Señor! ¿Qué dolores tan vehementes no causarían en el alma de la Virgen un Pelagio, contradiciendo la necesidad de la divina gracia; un Mahoma, haciendo una guerra formidable al Evangelio; un Calvino, un Lutero, un Molinos trastornando la santidad de los sacramentos! Ah, es preciso confesarlo: la Virgen podia decir mejor que el santo rey David (1): *las aguas de la tribulacion me han penetrado hasta las entrañas*. La vista de tantas culpas, á la manera de un mar inmenso de aguas amargas, denegridas y oscuras, pretende sumergirme en el desaliento y el dolor, dejándome sin fuerzas para navegar hasta el puerto de la serenidad: *Infixus sum in limo profundí, et non est substantia* (2). Á proporcion de mis esfuerzos parece que se aumentan las tempestades, y cuando en los últimos siglos debiera yo gozar de algun alivio con los antiguos frutos de la Fe, veo una turba inmensa de libertinos sin fe, sin conciencia y sin religion, que negando las verdades eternas, demoliendo las iglesias, destruyendo los monasterios, despreciando los sacramentos y sustrayéndose de toda potestad legítima, pretenden sumergirme: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me* (3). ¡Ay de mí, que no encuentro quien me consuele, ni hay dolor semejante á mi dolor! Porque al fin, que los tiranos persiguieran la Iglesia en sus principios, malo era; pero la adorable providencia de mi Hijo sacaba de aquellos males muchos bienes, con los millones de mártires que daban la vida por su religion, y sus almas volaban al empyreo. Que los infieles me desconozcan, cerrando voluntariamente los ojos á las luces de la Fe que por todas partes se ha difundido; que los herejes me insulten, negando mis privilegios y desatendiendo

(1) *Psalm. 68. v. 2.* (2) *Ibid. v. 3.* (3) *Ibid.*

mi intercesion, malo es; pero es un mal tolerable, porque no me conocen, porque no saben lo que hacen: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique* (1). Pero que los cristianos que me conocen, me ofendan; que mis propios hijos me ultrájen; que aquellos mismos que participan conmigo del cuerpo y sangre de mi Hijo, estos, estos mismos pisen la divina ley, desprecien su redencion, atropellen los sacramentos, desatiendan mis ruegos, aumenten mis lágrimas, multipliquen mis dolores, pierdan á Dios y se pierdan á sí mismos; este es un mal insufrible, este es un dolor intolerable.

Fieles, á quienes una religiosa piedad ha congregado en este santo templo, para lamentar las aflicciones y dolores de la Virgen, sabéd que Dios ha puesto en vuestra mano el clavar vuestras saetas en el corazon de la Virgen, ó arrancar las que ya tiene en su pecho. Por el Dios de la verdad os conjuro que ponderéis bien lo que digo. Los pecados que habéis cometido, son lanzas que le clavasteis; los que de nuevo cometiereis, serán otras tantas saetas preparadas para el complemento de su afliccion y de vuestra crueldad. En los dolores de la Virgen veis el fruto de vuestras culpas: si no hubiera en los hombres pecados, no vierais la sangre de Dios derramada, ni las dolorosas lágrimas de su madre. No creáis que ajenas culpas fueron la única causa de efectos tan lastimosos; tambien los han ocasionado vuestros pecados. Sí, venerables sacerdotes, nuestros pecados, mas graves incomparablemente que los de los legos, han crucificado mas cruelmente á Jesus, y causado mas profundas heridas en el corazon de su Madre. ¿Es posible que no ha de llegar el feliz momento de poner término á nuestros desórdenes? Cristianos míos: si aún os parecen pequeños los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre, seguid en los estudiados artificios de vuestra avaricia, en los desenfrenados acontecimientos de vuestra concupiscencia, en los intolerables descuidos de vuestra pereza en orden á la eterna salvacion. Así llegarán á lo sumo los dolores de María, viendo ultrajada en este santo tiempo de Pascua la sacratísima sangre de Jesus; pero si no sois tan crueles, volvéd un poco siquiera vuestra atencion, y así, tranquilizado vuestro espíritu, confesaréis sin dificultad que *secundum gloriam ejus multiplicata est ignominia ejus* (2). La

(1) *Psalm. 54. v. 13.* (2) *I. Machab. c. 1. v. 42.*

felicidad de la Virgen aún despues de la gloriosa resurreccion de su Hijo, estuvo mezclada con grandes dolores; pero estos dolores, tolerados con espíritu de Religion, formaron su verdadera felicidad. Hemos visto hasta ahora lo primero: vamos á escuchar brevemente lo segundo.

PUNTO SEGUNDO.

Es una verdad indisputable, amados míos, que aquellos á quienes Dios mas ama, los pone en la cruz de la tribulacion, y los aflige de varias maneras, para que su constancia en padecer aumente su amor en la tierra y su eterno premio en el cielo. Ningunas almas hubo jamas ni puede haber mas inocentes, mas perfectas, ni mas amadas del Altísimo que las de Jesucristo y su madre, y ambas las llenó de amargura, y les hizo beber hasta las heces el cáliz de la tribulacion, aquel cáliz, á cuya vista se estremeció el mismo Dios: *Transeat à me calix iste* (1). Ambas subieron al cielo por un camino de espinas; pero ambas formaron su verdadero mérito con su continuo padecer. No ignoráis el mérito de la pasion y muerte de nuestro Redentor y el suyo; pero ceñid únicamente vuestra atencion al inexplicable mérito de su Madre en sus dolores. Humilde, resignada y constante, ofrece á Dios en silencio su corazon: retirada en su casa, la estoy viendo de rodillas con los vestidos teñidos de adorable sangre; sangre que se advierte hasta en la propia toca de la cabeza con que le limpió el rostro difunto; sangre que aparece en sus manos por el contacto de la corona de espinas y los clavos; sangre que se divisa hasta en su rostro, por las repetidas veces que lo acercó al de su Hijo difunto, cuando le tenia en sus brazos. Meditando está en la pasion y muerte de su Amado; pero entónces recibe Dios un nuevo sacrificio, un nuevo rendimiento á la divina voluntad, un nuevo mérito de su alma pura, y un nuevo motivo de ser mas agradable á su Dios: cuanto mas dura este tormento, mas se aumenta su heroico merecer, porque no quiere ni aún por un instante separarse de la divina voluntad: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (2). Las tristes imágenes del Calvario todas estaban viva-

(1) *Matth. c. 26. v. 39.* (2) *Luc. c. 1. v. 38.*

mente estampadas en el corazón de la Virgen, y su alma las tuvo siempre presentes : siempre estaba viendo á su Hijo moribundo, aquel angustiado rostro, aquel sudor frio, la sed cruel, la convulsion mortal, la palidez, las ansias, el levantarse el pecho, las últimas agonías, inclinar la cabeza... Con la misma viveza pasa todo esto en su retiro, como si estuviera en el Calvario; mas aunque muera de dolor, dice, *fiat*; sea como Dios lo quiere. Quién vió mérito como este? Cuantas bellas calidades tenia Jesucristo, cuantas acciones memorables habia hecho en el discurso de treinta y tres años, todas las palabras suavísimas que le habia oído pronunciar, todo se renueva en su memoria sucesivamente para afligirla; mas la Señora á todo va respondiendo con la misma sumision : *Fiat mihi secundum verbum tuum*, sea como Dios lo quiere. Cada vez lo decia con mayor dolor, pues cada vez se hallaba el corazón mas afligido, y de este modo era mas heroico su mérito. No discurre, se humilla; no disputa, enmudece, adora, se rinde y sacrifica con mas mérito que Abraham á su segundo y mejor Isaac en el leño de la cruz, como se lo mandaba el Señor : *Fiat mihi etc.*

Alegráos, oyentes míos! ¿sabéis cuánto beneficio resultó á la Virgen de este humilde sacrificio? No murmuréis de la divina Providencia para con la Virgen, porque con este holocausto de amor ¡qué nuevos aumentos de hermosura se añadieron á su bendita alma! ¡Qué nuevos vínculos de union con aquel Hijo sacrificado en la cruz! ¡Qué participacion tan admirable de la gloria del Redentor! ¡Qué inmensa bienaventuranza se le preparó en el cielo! Mas sobre todo ¡qué gloria, ó afligidísima Señora, resulta al Altísimo de esa agrable víctima de vuestro traspasado corazón! Esto, oyentes míos, es lo que solamente podia servir de consuelo á la Virgen en tan penosa afliccion; y así dice : Dios tiene gloria en que yo padezca; sea, sea así : consumase mi alma, arda, abrácese mi corazón, y resuélvase en su presencia como el incienso á la del fuego. Dése á Dios la gloria, y hágase en mí todo cuanto sea de su adorable voluntad : *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

Almas afligidas, que suspiráis con el peso de vuestra cruz, ó estáis ya crucificadas, no os quejéis de la Providencia : si os tiene Dios clavadas de piés y manos, alabad á Dios, porque os da tan buena compañía : es verdad que os crucifica Dios, pero

en la misma cruz con su amado Hijo, como decia san Pablo (1). Parece que se olvida de vosotros, pero os tiene juntos con la santísima Virgen; y pues padecéis con la Señora, decid en vuestros gemidos las mismas palabras de rendimiento á la voluntad divina que decia la Virgen : hágase en mí segun fuere vuestra divina voluntad. ¡Oh, qué méritos tan grandes podréis adquirir en los trabajos de vuestro estado, en los trabajos de vuestro empleo, en los trabajos que os ocasionan las personas con quienes tratáis, aquellas á quienes servís, ó aquellas á quienes mandáis, siempre que los toleréis á imitacion de la Virgen! *Fiat mihi*; si Dios así lo quiere, hágase. Los que así toleran las aflicciones, son escogidos de Dios, son muy felices en esta vida, y lo serán eternamente en la otra.

Divino Espíritu, oráculo de pura y eterna verdad, ilustrad los humanos entendimientos, para que vean el camino mas seguro de ser felices; aquel camino que desde la cuna desean, y teniéndolo siempre á la vista, nunca lo han tomado. Enseñádeles que la suerte que de propósito escogió el Omnipotente para su unigénito Hijo, para aquel Hijo en quien tanto se complacia, era una suerte feliz; que la suerte escogida por Dios para su Madre, esposa sin mancha del Espíritu santo, era suerte feliz; y que tambien será feliz la suerte de aquellos, á quienes el mismo Dios tiene crucificados en este mundo con Jesucristo, llenándolos de angustias y aflicciones como á su madre y señora nuestra, para que buscando todos en las aflicciones y dolores nuestra felicidad, podamos decir en el paso desde esta Jerusalem militante á la triunfante, que segun nuestra ignominia se multiplicó nuestra gloria, y que las lágrimas que aquí lloramos, á imitacion de la Virgen, se convirtieron en gloria eterna. Amen.

(1) Gal. c. 2. v. 19.

